

POPAYAN EN LA HISTORIA DE COLOMBIA

Discurso pronunciado en el Paraninfo de la Universidad del Cauca,
el 27 de diciembre de 1940.

Por BALDOMERO SANÍN CANO

Desde la disolución del Imperio Romano a impulsos de una idea nueva venida de Oriente, los dos sucesos históricos de mayor significación política y social, el descubrimiento de América y la creación de naciones libres en esta parte del mundo, parecen destinados por la providencia de las naciones a sellar el horóscopo de este Continente. En las pesadas brumas del futuro se alcanza a divisar la esperanza de que las naciones de este lado del mar Atlántico continuarán sirviendo de asilo a las ideas madres, sobre las cuales se asienta la estructura de la civilización. Las perspectivas son dolorosas e inciertas. Hace cuatrocientos años los conquistadores y exploradores de estas comarcas daban fe de la conquista fundando ciudades y sometiendo al dominio del rey de España los territorios descubiertos, con sus habitantes libres o avasallados. Por eso en las primeras décadas de este siglo el Continente ha sido teatro de solemnes celebraciones en México, Buenos Aires, Santiago, Lima, Bogotá. Cae dentro de la esfera de las amargas ironías de la historia universal el doloroso contraste de que, mientras en América se celebra con amor y con júbilo la fundación de ciudades que han venido a ser emporios de cultura, viveros de ideas, centros de riqueza y poder incontrastables, receptáculos generosos de la población excedente de otras comarcas, la parte del mundo teóricamente más civilizada y de más viejos anales, se entrega en estos momentos con ímpetus delirantes a la destrucción de sus más bellas y más populosas ciudades.

Popayán celebra su centenario a gran distancia del tumulto ensordecedor de la guerra y se congratula con el pueblo de Colombia y con su primer mandatario, por hallarse a cubierto, no obstante la contracción enorme de las distancias terrestres, de las pruebas terribles a que viven hoy sometidos pueblos de más antigua y al parecer más arraigada cultura.

Popayán se ha preparado para estas solemnidades con gran fe en sus destinos y con una viva persuasión de su significado. Por una multitud de esfueros propios y de circunstancias extrañas a la previsión humana, esta ciudad ha venido a ser como una imagen ideal de la nación colombiana. Para todas las conquistas del derecho que ha realizado la República, esta ciudad ha traído a la liza sus hom-

bres representativos y el caudal de sangre de su pueblo. Es numerosa la lista de sus hijos que acudieron al campamento cuando sonó la hora de la emancipación. Contribuyó con sus hombres de ingenio y con mentes estudiosas a echar las bases de la nueva nacionalidad, y cuando fue libre la patria y Popayán hizo el recuento de sus hijos, faltaban entre ellos un sabio con cuya colaboración contaba la República para sondear sus potencialidades y dirigir a la juventud, y un orador, destinado en los propósitos de la naturaleza a conducir a las multitudes, a convencer en los parlamentos y a regir el Estado.

En todos los sucesos de la historia de Colombia que tienen significado primordial, Popayán ha presentado sus hijos para la dirección de las gentes o para la consagración de las ideas, sellándolas con la propia sangre. Fue larga, penosa, para muchos incomprendible, aquella etapa de nuestra historia en que las ideas, los principios, y en algunos casos excepcionales las ambiciones de hombres exclusivos, convirtieron en campamento el haz de la República, que en la mente de los fundadores debió ser palestra de la razón. La prueba de las guerras civiles no paralizó el andar de las naciones civilizadoras, como se ha creído erradamente. En esas luchas acabaron por afirmarse en el corazón de las gentes y en las instituciones la idea democrática y republicana y el amor a la paz. En aquellos años de prueba la historia de Popayán es acaso la más agitada y violenta. Ofrendó la vida y la actividad de sus mejores hijos en campamentos antagónicos para afirmar el destino de sus principios. De aquellas luchas la idea republicana salió ilesa. Y si en ocasiones la libertad pareció sufrir pasajeros eclipses, el equilibrio natural de las fuerzas humanas ha venido a hacer de este país el asilo natural de la libertad en todas sus manifestaciones, y de la tolerancia, que es la virtud máxima del hombre civilizado. En todo momento de nuestra carrera colombiana hacia el adelanto fundado en la justicia y en la moral, esta noble ciudad ha enviado sus hombres a la lucha mortal, a los parlamentos, a las legaciones, para mantener en alto la idea colombiana.

De esto nace talvez que sea el habitante de Popayán, sin ceder en nada de sus sentimientos de amor a la ciudad nativa, eminentemente colombiano. Es más aún: sus grandes hombres de todos los ámbitos de la actividad y de la inteligencia, Caldas, Mosquera, Pombo, Arboleda, Albán, tuvieron y tienen carácter universal, sin dejar de ser radical y sentidamente colombianos.

En las arduas labores de la mecánica el ingeniero ha de tener presente siempre las leyes de la resistencia, y no olvidar, por ejemplo, que la fuerza de una cadena se mide por el más débil de sus eslabones. No es así en la valorización de las naciones. Estas se pesan y se miden de acuerdo con la capacidad de sus hombres máximos, conductores de las masas. Del significado de Italia nos dan testimonio Dante, Leonardo, Cavour; en Alemania, la nación se mide con la estatua de Herder, de Lessing, de Goethe. Los varones de alto ejemplo que ha dado Popayán a la nación desde los primeros años de su exis-

tencia, contribuyen a darle caracteres de excelencia a la nación colombiana.

La Universidad del Cauca se asocia complacida y llena de esperanzas a las ceremonias con que la ciudad capital del departamento quiere hacer y dejar memoria de la rica sucesión de hechos que forman su historia. Con satisfacción y orgullo ha querido fijar en los muros augustos de esta honorable institución dos obras maestras de sus hijos en diversas categorías del arte (1).

De todas las actividades del alma humana ninguna es tan adecuada para medir el grado de cultura de los pueblos, como el arte de reproducir los objetos sobre la tela, la madera, el muro o la roca, o con las aristas del mármol o el bronce. En ningún género de obras puede seguirse con mayor minuciosidad y precisión el curso del progreso humano en sus lentas o premurosas jornadas, que en la pintura y la escultura. Las combinaciones de tintes y de trazos de la cueva maravillosa de Altamira revelan una civilización anterior a las civilizaciones, documentan un período de la historia humana en que era desconocido el documento escrito, nos ponen en contacto con gentes cuyo espíritu irradiaba en la capacidad de representar el mundo de su ingenua y atónita observación.

El estudio de los esfuerzos hechos por el hombre desde los primeros días de su paso por el planeta, para poner al frente de sus hermanos la visión que él tenía de la naturaleza y de sus semejantes, nos habilita para adivinar la ruta de sus preocupaciones y de su pensamiento. Los primeros pintores diseñaron en las rocas la figura de las bestias con cuyo aspecto querían conjurar mágicamente el peligro de sus acometidas, o se complacían en evocar con líneas y manchas de color los animales necesarios para el sustento, como el bisonte animoso y forzado, capaz de arrollar la resistencia humana o de alimentarla, según la salida final del combate. El hombre primitivo ejercitaba sus anhelos de representación en la pintura del animal o del hombre que se entregaba por placer o por necesidad a la caza de las fieras. El mamut temido y alimenticio figura entre los primeros ensayos del buril humano. En civilizaciones más avanzadas, de lucha menos intensa con la naturaleza, el hombre tuvo más vagar, que dedicó a la obra de hacer vivir en la pintura a sus héroes, a los sabios de la época, a sus gobernantes.

En la Edad Media fueron los santos el tema predilecto de los pintores primitivos, cuya inteligencia estuvo en contacto íntimo con las almas de los privilegiados que poseyeron a Dios en la tierra. En el Renacimiento, los pintores habían adquirido toda la cultura de su tiempo (Miguel Angel, Leonardo, Rafael), y todas las manifestaciones del alma humana tenían para ellos fascinaciones irresistibles. Tan sólo la naturaleza el verde de los campos, las relaciones entre el cielo, la montaña y la inmensidad de los mares, parecieron escapar durante siglos a la mirada escrutadora de los grandes pintores. Los

(1) El *Canto a Popayán* de Guillermo Valencia, y el cuadro *Apoteosis de Popayán* de Efraín Martínez, inspirado en aquél.

filósofos, los poetas, los investigadores de la sique, a fines del siglo XVIII hicieron nacer en los artistas de la época del sentimiento moderno de la naturaleza, conjunto de emociones refinadas de que emanó para deleite del hombre una sutil relación entre las dos artes del color y de la palabra.

De otras ciudades se dice que son patrióticas, nobles y leales. De Popayán se dirá que es la sugestión de la patria misma. Con esta ciudad tuvieron lazos íntimos en tiempos remotos, cuando el tránsito de unas comarcas a otras de la República era arduo y problemático, Cartagena, Bogotá, Rionegro de Antioquia, el Socorro. Hombres de otras provincias aquí hicieron su hogar sin acordarse que habían cambiado de ciudad nativa. La ciudad no tiene límites sentimentales. Sus hijos son payaneses hasta la medula y por eso mismo son eminentemente colombianos.

Quien oye decir Popayán entre nosotros, aunque no haya tenido el placer de haber visitado la ciudad, de haber paseado por sus edénicos alrededores, de haber contemplado absorto el encanto de sus ponientes y la discreta variedad de las colinas que se extienden al occidente y al norte, como formando un gracioso anfiteatro, sienten como si le hablaran de una heredad conocida. Quien miró una vez sola este rincón privilegiado de los Andes, no olvida ni la gracia ondulada de sus colinas, ni el bramido intermitente de sus volcanes, ni la curva serpentina del río que fecunda vegas de fertilidad inexhausta. Es semejante a la Sabana capitalina por la inmensidad y tersura de sus llanadas; se asemeja a Rionegro por la temperatura y por las blandas curvas de las colinas en que la tierra se abraza con el cielo; su clima recuerda la fresca de los valles altos al que llega de las profundas llanuras ardientes, y le da a quien viene de las niveas alturas la sensación de una temperatura benigna y acogedora. Es la imagen ideal del clima político y moral de esta República.

A los cuatrocientos años de historia intensamente vivida, Popayán ostenta la fortuna de tener un maestro de la pintura, en cuyo espíritu palpita el alma de la patria con la vehemencia de los sentimientos que inspiraron a los fundadores de la cultura y a los creadores de la nacionalidad en estas comarcas del ensueño, de la fe incontrastable del valor, del amor a la ciencia.

En esta hermosa realización, Efraín Martínez ha puesto toda su alma y toda la generosa carrera histórica de Popayán; pero los personajes que aquí figuran, aunque nativos de este fecundo y privilegiado suelo, tienen todos estatura que rebasa las fronteras del predio municipal. Sus virtudes, sus talentos, su saber, sus emociones, sus hechos en la política, en la guerra, en las letras, en la poesía, han contribuído a darle a Colombia su fisonomía de pueblo culto, amante de la libertad, altivo en la defensa de sus derechos, valeroso en la lucha, caballeroso en el triunfo, rebelde en el infortunio, digno en todos los aspectos de la existencia. El pintor ha sido sabio intérprete de las cualidades de esta ciudad. Los hechos gloriosos de Popayán, que por una disposición providencial y por obra natural de las relaciones humanas son acontecimientos nacionales de valor universal

e histórico, aquí aparecen en sucesión orgánica. La actitud ingenua y desprevenida del ambiente primitivo de estas heredades, el valor tempestuoso, fácilmente mudable en saña y en irritante crueldad, de los exploradores; su insaciable codicia, su falta de curiosidad ante las novedades imponentes de la naturaleza en que vinieron a cumplir sus hazañas, forman parte de las relaciones artísticas del cuadro.

Es una obra de inspiración alada y de observación intensa. Martínez ha fijado con gran riqueza de pormenores las tradiciones de la ciudad, dándole a su cuadro caracteres de inmortalidad: es completo, es ubicuo y simultáneo. Representa todas las épocas e interpreta no sólo las modalidades de hombres determinados, sino las características de la criatura humana en lo particular y en lo universal. Aquí adquieren cualidades manifiestas y objetivas las nociones abstractas. La gloria, como un rayo, ilumina un pequeño mundo que es a un mismo tiempo el resumen de la vida humana; la fama llena los ámbitos con la voz de los hechos; el patriotismo se muestra en todas sus formas, desde los entusiasmos ingenuos de la niñez hasta las denodadas actitudes del héroe y la serenidad impassible del mártir ante las exigencias postreras del destino implacable; la ciencia, que apasiona las facultades del apóstol y le muestra el camino del tributo máximo ante la sevicia y la ceguera del vencedor ignaro y transitorio; la fe popular, encarnada en inmortales columnas de la Iglesia; el valor sobrehumano del conquistador en lucha con fuerzas desconocidas y tremendas; el sacrificio del militar bravío y del político de gabinete que supeditan la tranquilidad, las comodidades y la vida misma a la realización de ideales superiores, como la libertad del esclavo y la igualdad de los hombres ante la ley; el trabajo, cifrado en el hombre del esternón velludo a quien se debe, junto con el esfuerzo vacilante y a las veces oblicuo de los colonizadores, con la pujanza y el coraje del independiente, con el noble y por momentos desacordado empeño de los héroes de la guerra civil, la fundación efectiva de la nacionalidad, el descubrimiento de sus verdaderas riquezas, el establecimiento definitivo de la libertad civil.

Todo el cuadro palpita con el pulso real y numeroso de la existencia colectiva. El artista se niega a pagar tributo a las escuelas, a las épocas, a los grandes maestros. Sigue sus naturales inclinaciones, y con el mismo fervor personal recoge las vibraciones del aire en beneficio de su idea o las disemina con imponente acierto para realzar los hechos o los personajes. El color es su esclavo. Sabe combinar los tonos rudos y distribuir los semitonos para embellecer la naturaleza sin quitarle realidad ni deshumanizarla. La composición general es de un tino y una belleza sancionada a trechos por una gracia flúida. Los planos están dispuestos de tal manera, que parece como si la vida material y espiritual se conjugaran en un mundo interior para captar todo el hechizo o la verdad de las formas sin arrebatarnos nada de su significado espiritual permanente. Los grupos concurren a objetivar la concepción general, sin que el contraste haga resaltar a unos oscureciendo a otros. Líneas ideales, como en las obras de va-

lor perenne, ligan espiritual y artísticamente unas figuras con otras y unos grupos a los grupos lejanos.

El gran maestro de la paleta ha bebido su inspiración en la obra suprema de un artista insuperable del ritmo y de la frase castellana. El poeta fijó en estrofas de una forma tan sabia y tan adecuada los rasgos geniales de Popayán, que al leerlas parece como si se mostraran los hechos al través de una lente discreta en cuya transparencia la verdad se abraza con una alada inspiración. Merecen el mármol en que están grabadas. Su ritmo es sabio, proporcionado al compás histórico.

Las dos obras coinciden como la luz y el sonido para quien contempla serenamente los paisajes del mundo americano. Los dos espíritus de elección se han asociado en obra imperecedera para dejar fijada la fisonomía espiritual, la calidad eterna de la ciudad colombiana por excelencia y universal por sus virtudes fundamentales. El poeta contempla desde el pedestal de su fama los anales palpitantes de la ciudad natal y el prodigio de arte de su compañero en esta obra genial de interpretación y de sentimiento.

Ningún monumento más propicio para encadenar las tradiciones de la ciudad a las inciertas alternativas del futuro, que este doble poema de la forma en que las ideas se completan y una sola emoción domina las hazañas del héroe, la fuerza del pensamiento y el trabajo fecundo del labriego.

La obra de Martínez se impone al observador familiarizado con las leyes de la pintura por el dominio plácido de la técnica, por la sabiduría de la estructura general, por la precisa distribución de la luz y las sombras, por la armonía sugestiva y perfecta de los colores y por la riqueza de los matices. Sin embargo, por encima de todo esto se cierne la inspiración del pintor, el talento poseído por las hechicerías del arte, que, necesitando de la técnica, como el artesano de sus herramientas, es superior a ella en todo momento.

La historia, el episodio, forman parte necesaria de esta grandiosa figuración de la vida de una ciudad y de todo un país simbolizado por ella. Por momentos el lienzo parece un lampo de historia, como solían hacerla los pinceles de fervidos creyentes en las épocas de fe sólida y de piedad sincera. El suceso aparece con caracteres de vitalidad asombrosa. Sin embargo, no es en tal estado de espíritu como debemos contemplarlo. El cuadro es de una unidad avasalladora e imponente. El detalle no vive de por sí sino como parte de un todo indivisible, de una comprensiva y genial unidad que se sobrepone a las minuciosidades del concepto. Ante esa fecunda concepción de toda una historia el episodio se esfuma. No es necesario conocer la crónica de esta ciudad altiva y pródiga de su sangre y de su espíritu, para apreciar el insuperable valor artístico de esta osada empresa de interpretación. Así como la técnica, absolutamente indispensable, humilla sus preceptos ante el genio del artista, así el episodio se esfuma ante la vitalidad generosa de la representación humana y tras de la riqueza inexhausta de luz, de tonos, de matices y contornos. Cada figura es de por sí un éxito de biografía espiritual, pero su mérito

mayor está en contribuir artísticamente a la unidad imponente del conjunto.

No sólo es el arte uno de los índices más precisos para penetrar en el fondo de la cultura de un pueblo, determinar el rumbo de su espíritu y medir la amplitud de sus alternativas; es también acaso la manifestación del ingenio humano en que mejor se revelan a un tiempo las dos tendencias conflictivas del intelecto y de la mera existencia cotidiana: la preservación de la individualidad y las aspiraciones del sentido social ingénito en el individuo. El artista vive principalmente para el cultivo de su personalidad, se esfuerza en conservarla en el empeño de representar las cosas, los hombres, los estados de alma, el paisaje, de acuerdo con su verdad y con la amplitud o estrechez de su visión espiritual. Pero a un mismo tiempo el artista es un ser eminentemente sociable, porque ha menester espectadores, y también y principalmente porque la obra de su mano o de su cerebro va a suscitar en los innúmeros observadores de los museos, en los concurrentes a las bibliotecas y salones de conferencias, en los teatros y salas de conciertos, ideas, pensamientos, que ligan entre sí a los hombres y los habilitan para entender mejor el universo. El hombre es una unidad espiritual que tiene conciencia de sí misma. Por medio del arte expresa su conciencia. El hombre es también una criatura dotada por la naturaleza, a la manera del castor o la abeja, de sensibilidad social, de que se vale para influir sobre sus semejantes y para crear entre ellos lazos de entendimiento, de elevados goces espirituales y de interpretación de las personas y de los aspectos de la naturaleza. Cuando el individuo pierde el respeto de sí mismo, cuando la sociabilidad degenera en sumisión exenta de raciocinio, las artes se desmayan en períodos de impotencia.

Señor Presidente: Colombia se complace en ver reunidos en su primer mandatario la fe en los destinos del país, la fe en la inteligencia disciplinada por el estudio, el amor a las letras y la admiración por el arte puro. Vuestra presencia en el momento secular conmemorado por esta ciudad nobilísima, le pone el sello al íntimo significado de sus luchas por el bien y a sus nexos insolubles con la historia y la dignidad de la República. La Universidad de Popayán saluda en vuestra persona a las honrosas tradiciones republicanas de que ha sido depositaria en cien años de existencia.